

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

MITO Y COMPLICIDAD

*De maíz amarillo y de maíz blanco se hizo su carne;
de masa de maíz se hicieron los brazos
y las piernas del hombre. Únicamente masa de maíz
entró en la carne de nuestros padres,
los cuatro hombres que fueron creados.*

POPOL VUH

Si pudieras entrar al cuerpo del maíz,
encontrarías la carne, la sapiencia o el triunfo.

Un beso,
pasión que comenzó en la oscuridad, por la punta del sueño,
sin que los Progenitores encontraran al sol ni a su palabra.
De tanta negrura emerge la sangre del maíz,
ese terreno inmaterial donde asientan cotos prohibidos
y verdades intraducibles.

Sobre el sostén de mis piernas, tus piernas,
columna que eleva al corazón hasta los labios
para decir que junto a ti está la mazorca,
el alimento primigenio con que los dioses amasaron al hombre,
razón del mito y la añoranza,
mas ¿cómo entrar al perpetuo silencio de los campos
sólo abrazados al maíz que alimenta el recuerdo de la carne
bajo la estéril nocturnidad?

Hay un alma sin cuerpo que niega la mentira
con el hambre absoluta
donde el silencio dice su imagen y esperanza.
El sendero te busca en el color del beso,
consuela mis sentidos.
El tiempo es una sombra que traspasa visiones
y nos impregna el perfume y la complicidad de las hojas,
pero nunca permite que entremos a la sustancia del maíz
porque tu carne y mi carne no fueron prohijadas en sus granos.
Tal vez a esas comarcas donde no llega la razón
les falte libertad para fundar caricias
y estemos sentenciados a un doblez
que se estanca en el miedo si amanece.

Si pudiéramos entrar al cuerpo del maíz,
encontraríamos la carne y el ser,
una verdad procreadora donde juntar los granos blancos,
los granos amarillos,
que, del hambre y la muerte,
hagan nacer entre los sueños la masa indivisible de tu noche.

De: *La vértebra y la trampa* [inédito]

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

LEYENDA DE ROLANDO

Creía que era niña de novio y serenata,
despreciaba al soldado que me buscó en su pena,
dejé la puerta pobre
donde colgué de un clavo su recuerdo
y tuve la memoria enternecida
con el trompo y la vela que puso en su retrato.

Cómo envejece todo si la niña nos falta de repente
y un regreso a la ira nos agota,
cada novio secreto dejó el silencio blando,
cada novia vacante dejó su marinero.

Una odiada canción no cesa de repetirnos
que éramos lejanos
en una senda quieta que nos tocó las piernas,
ya no sé demostrarle al agujero
en cuál de sus pantanos guardamos la esperanza.

A veces somos niños por el recuerdo de un amigo
que tal vez nunca vimos
y de repente abría nuestro absurdo,

somos los pájaros del orden
y no nos atrevemos a romperlo.

Quien se dijo mi novio una mañana
cuando abría los párpados, desarmada y repuesta,
era tal vez un alma de poeta sin nombre
al que inventaba un juramento.
Rolando fue sinónimo de abrigo,
con ojos absortos se moría el viejo que era niño,
el regreso de un juego
en donde no cabían las mentiras.

Quién muere de repartida luz,
quién gobernó la sombra,
desnudarse y dormir, quién lo reprueba
si el sereno majaba los cabellos
del viejo pedigüeño.

Ahora espero el alivio como novia sumisa
pero el novio se ha ido entre siluetas,
(qué sueño tan silvestre
ese de no salirse de la casa
y despertar con un soldado en los secretos,
uno que sabe amar y nunca vino
porque el río subterráneo lo retuvo).

Tuvo que andar el terremoto
bajo la hierba de los sueños
y si el novio no volvió con su guerrera
es porque aún el mundo sigue virgen,
un soldado se ha ido por el pasmo y la herida

y la novia se ha mirado en los cristales.

Vieja de sustos y de calles
la muerte nos aguarda en aquella parada,
él nunca regresaba, o siempre estuvo ausente,
lo cierto es que el soldado se esfumó en la aventura.
Y mirando sus ojos trepidaron los puertos,
la solitaria casa de los magos.
Los novios se murieron de vergüenza
y el tiempo fue cubriendo sus leyendas.

Del libro: *La desnudez oculta* (Santa Clara, Editorial Capiro, 2005) y la antología
Mujer adentro (Santiago de Cuba, Ed. Oriente, 2000)

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

ACTO RITUAL

Oírlos fue un rito patético y sensual,
como una herida,
como la muerte o el nacimiento de una virgen.
Ella apoyó las cuatro voces en su vientre,
esas voces fundidas por la vibrátil soledad
de su carne macerada por el asco,
y en sus entrañas retumbaba la metálica paciencia del recuerdo.

Del ritual escapaba un grito en penumbras,
desesperanza, maldición, lujuria,
porque las cuatro voces cantaban en su vientre
para decirle al parto negado
que aquella rebeldía no cesó de crecer
aunque hoy los muertos se conforman con morirse
o con vivir mirando los diamantes
en el rostro de Lucy.

En la canción incomprensible,
en las extrañas palabras
se avizora el sonido perfecto,
desnudo como el hombre de largos cabellos
que atraviesa una calle.
Entre los muslos se desliza cada golpe de platillos

con el tiempo abrasador de las guerras que nunca terminaron,
dos, tres, muchos golpes,
en las gargantas de aquellos
que un día dejaron una flor en cada labio,
en cada melena
o en cada incendio del mundo.

Ella hospedó en su vientre a los cantores
y sintió la tibieza de sus manos
desnudándola sobre la piedra de los dioses
para que así entendiera el íntimo significado,
el mensaje,
Con una lenta sublimación de los sentidos.

Ella perdió la castidad,
mas nunca la confianza,
y aunque alguien este pactando un credo impredecible
con esta edad abochornada y cabizbaja,
ella celebra la floración prometida
como una solemne fiesta en su cintura
donde voces antiguas han plantado sus cantos.

Ella borra la impronta de una cobarde esperma
Y empieza a comprender el símbolo;
en esa vibración descubre los secretos
y el ritmo va puliendo algún diamante
distinto a los de Lucy,
mientras le dice que aún existen soñadores.
Ella apoya en su vientre la maquina perfecta:
engendra submarinos amarillos nuevamente.
En: *Mujer Adentro : selección poética*. (Ed. Oriente, 2000)

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

VARIACIONES PARA UNA SOLA NOTA

Duró más que nosotros aquella rosa muerta.
[...]
Como un arco que tiembla sobre el aire encendido.
[...]
Veo alargarse al sol mi sombra en julio.
PER GIMFERRER

Solo, llega vibrando por el aire
como arco que tiembla en un chasquido,
el poeta, me asalta, lo recibo
junto a la rosa muerta de su tarde.
Mi sombra no es alegre ni se esparce
por las ramas. La flecha se le aguza
en paraísos turbios. Nadie escucha.
Con un desmayo incierto, la resaca
de la nota que el viento me arrebató,
nos toma de la mano y se hace pura.

De: *Niño en el alba* [Inédito]

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

VITRALES DE ANTIGUOS PUEBLOS

EN EL POBLADO

Yo lo sentía lejano. Quise retratar sus tejas oscuras, tardes añejas, siglos, rostros, algo humano... y hallé el óxido. En mi mano, un sueño sin mariposas, sin tinajas y sin rosas, y el aire mudo, marchito, que a su paso, del pueblito iba dejando en las cosas.

EN LA CIUDAD PEQUEÑA

En mis fotos: un vitral, restauradas caseronas, rejas blancas y coronas de filigranas. Puntal bien alto. Afuera, brocal de aljibe hundido en helechos, y alguna Venus, de pechos antes blancos, ya silentes por los vahos que, calientes al sol, despiden los techos.

¿Y aquella postal sin verde? Es la del viejo señor que, deshojando su flor, por una grieta se pierde. Es la calleja que muerde la ansiedad de sus vecinos, esa que olvidó los trinos, porque se rompe en las vetas de un polvo que, entre lucetas, destroza pan y caminos.

EN LA GRAN CIUDAD

Iba cazando ventanas, puertas de cedros pulidos que aldabones presumidos golpean por las mañanas. Fijé la lente: lozanas mansiones de gran ciudad;

intacta frivolidad, brillo, espantable tesoro que, en tanto derroche de oro, rezumaban frialdad. Frente al ojo, la locura salió a mostrar su doblez, solo había pequeñez en aquella foto oscura. Tanto busqué la hermosura por las calles, su portento, que, tras la pompa, el recuento fue volviéndose salobre, como la camisa pobre del anciano frente al viento. Yo le regalé mi foto, y él me mostró su zapato (quiso botar el retrato porque tiene un dedo roto). ¿Y qué importa el lujo ignoto? No hay sensible arquitectura, ni habrá mayor contentura –agua o luz condicional– que perderse en un vitral como inocente aventura.

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

ANDRÓMACA LLORA ANTE HÉCTOR

No basta con el templo de Atenea
si tu aridez destroza la confianza
de esa mujer que rinde la muralla
y, truncando su amor, te desconcierta.

El sollozo de Andrómaca golpea
la costa por la punta de una lanza;
del mar sube la diosa, que descarga
la fibra de sus dones en tu guerra.

(El héroe no se apiada. La vehemencia
de una mujer que sufre le fatiga,
frente a ella su escudo no doblega).

El seno de mujer te reconcilia
con la paz. No depongas la entereza,
mas vuelve por amor. Hoy es el día.

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

CIUDAD ENTRE LAS AGUAS

Se sujeta a las crines.
Mujer con su caballo,
ligeros,
por el ocre de la sabana sin arbustos,
rebasan ese rastro que jamás emprendieran.

Encuentran la ciudad atenazada por sus ríos.
Escalas y maderos les detienen.
Ya no es parda la tierra,
sino el agua.
Debajo, el escenario
con muchachas que cantan
los versos del poeta que parece tan vivo.

Esa mujer sobre su bestia
será la prisionera de un islote
con canales y puentes engañosos
(nadie romperá los acertijos
que el agua ha dibujado en sus barandas).

¡Es tan nocturna esta ciudad

a pesar de las olas!
Quienes la habitan como niebla
–abúlicos o alegres–
se conforman con una melodía.

Vadearán las corrientes, amazona y caballo;
él, con belfos alertas, adivina cantiles.
Debe haber otra orilla,
debe existir algún recodo.
Nuevos ríos, con furia, paralizan su viaje.
Sobre puentes de húmedas traviesas,
o escalones que caen a su paso,
un corcel, su amazona,
al pelo
y hasta nunca,
truncados por el agua.

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

NIÑO EN EL ALBA

PRELUDIO

I.

*Las aguas del alba pueden jugar con un niño roto,
con los huesos de un caballo en la llanura.
Soledad, por los árboles de oro,
por un cielo de nubes recorrido.*

SAMUEL FEIJOO. *Camarada celeste*

Hay un niño en el alba y en el juego
de las aguas que fluyen con las horas,
un niño que ilumina las auroras
cuando saltan caballos hacia el fuego.
La llanura, los huesos, el trasiego
de hojas, no vislumbran su alboroto
y hay lagos como nubes en ignoto
paisaje, donde un oro de leyenda
toca la soledad con esa ofrenda
que deja bajo el alba un niño roto.

Mariana Enriqueta Pérez Pérez

Poemas

II.

***Colgada de la nube
baja la mañana
a la meseta hirsuta
para una carrera de añiles.***
SAMUEL FEIJOO. "Matinal"

Se abre un flechero en el viento
y el surtidor le desgaja
la tristeza con que saja
la noche su filamento.
Un dardo, como sustento
del fuego dócil, le ofrece
briznas al orto. Amanece
blanda nube en los cantiles:
una carrera de añiles
con luz hirsuta florece.

III.

***Con su raya de color
un alma se queda abierta,
detenida por las danzas
de su temblante destino.***
SAMUEL FEIJOO. "Juego"

Rueda el silencio. Gentil,
sobre un lirio, parpadeas
todo luz y te recreas

con los capullos de abril.
Caen las flechas de mil
ángeles y el cundiamor
atrapa bajo su flor
a lagartos que en el monte
miran fijo al horizonte
con su raya de color.

La cima, arroyo jadeante,
despeja su lomerío
si amanece con el brío
de tu carrera distante.
Llegas de un juego añorante,
respiras frente a mi puerta,
tomo tu mano: la muerta
noche llora en la ceniza.
En el sol y en tu camisa
un alma se queda abierta.

Te buscan las mariposas
por el letargo que un rizo
salva en el polen; tu aviso
llega, insomne, hasta las rosas.
Buscan tu nombre las cosas
y el rocío con que afianzas
el sendero; por sus lanzas
tu alba contemplo en la mía
con la imagen de otro día
detenida por las danzas.

Hoy andas y el cancionero

crece libre en la arboleda,
su voz al eco remeda
–llama de un silbo agorero–.
Ya no eres el prisionero
de la noche: en tu camino
velan mis gallos. Cansino
se arropa el miedo en las frondas
(mejor será que te escondas
de su temblante destino).